

**Albert Camus**

## **Escritos libertarios**

### **Introducción**

**El periodismo de Camus y su importancia para el anarquismo,  
“La Peste” y “El Hombre rebelde”.**

## Argelia 1938-1940

Camus empezó a trabajar como periodista en el periódico de izquierdas “Alger Républicain”. Informaba entre otras cosas sobre la miseria y la explotación colonial en Argelia, especialmente la de los bereberes en Cabilia, pero también sobre la persecución de los trabajadores musulmanes del grupo de Messali Hadj. Al poco tiempo se convirtió en el editor del periódico junto con su amigo Pascal Pia. Cuando en 1939 empezó la Segunda Guerra Mundial ambos se radicalizaron en dirección anarquista –una reacción frente a los militares que censuraban el periódico-. Después del fracaso financiero de “Alger Républicain”, Camus y Pia iniciaron la edición de periódico de tarde de dos páginas: “Le Soir Républicain” del que el biógrafo de Camus, Herbert R. Lottman escribe:

*“El periódico se había convertido en un simple folleto de opinión; ambos agitadores lo convirtieron pronto en un órgano anarquista” (Lottman 1986,184; Marin 1998)*

A principios de la Segunda Guerra Mundial, Camus y Pia publicaron en él una “profesión de fe” política: “Somos pacifistas de pies a cabeza. Condenamos las persecuciones penales y las medidas dictatoriales tomadas por el gobierno incluidas las dirigidas contra los comunistas”. (Lottman 1986,186; Marin 1998).

En el artículo “Notre Position” (Nuestra postura) defendían el derecho a la objeción de conciencia en tiempo de guerra, haciendo referencia a un objetor de conciencia reconocido en Inglaterra.

El 10 de enero de 1940, las autoridades coloniales francesas prohibieron el periódico “Le Soir Républicain”. La postura anti-guerra de Camus subestimaba ciertamente la amenaza nazi al igual que la casi totalidad de la opinión política francesa; sin embargo no podemos considerarlo como alguien que aceptara los acuerdos de Munich de 1938 con Hitler. Estos acuerdos se decidieron desde las altas esferas creyendo que evitarían una guerra con Alemania. En 1939, Camus fue llamado a filas, pero se libró del servicio militar debido a su tuberculosis. La prohibición de “Le Soir Républicain” representó el fin provisional de las actividades

periodísticas de Camus en Argelia.

### **El período de la Resistencia francesa.**

Después de la “Guerra relámpago” de la Wehrmacht alemana en mayo de 1940 y la ocupación de Francia, Camus se unió a la Resistencia y renunció a su postura fundamentalmente pacifista. Pero su crítica de la política de atentados comunistas en el seno de la Resistencia, sus esfuerzos en favor de una violencia lo más controlada posible, su crítica de la violencia después de la Liberación (Beyer 1991) no podrían entenderse sin su fase pacifista-anarquista en Argelia de 1938 a 1940.

La Resistencia no luchaba “por el poder sino por la justicia; no por la política sino por la moral; no por la dominación del país, sino por su grandeza”. (Camus 1987,10) Camus escribió como editorialista de 1942 a 1947 en el periódico de la Resistencia “Combat” del que era también co-editor (Jacqueline Lévi-Valensi (ed) 2014, vol I & )II. Combat era uno de los periódicos más importantes del París liberado (a partir de agosto de 1944). Después de la liberación de la ocupación alemana, Camus advirtió de la inercia e indiferencia y se opuso a la venganza contra los colaboradores/as del fascismo alemán en la Francia de la post-guerra. Camus quería la libertad y no quería devolver el terror con el terror. Después de Auschwitz, la política revolucionaria no debía en adelante implicar el sacrificio de seres humanos, sino más bien poner el acento en su salvación inmediata. En un editorial, Camus fraguó lo que sería el subtítulo de Combat: “ De la Resistencia a la Revolución”. (Lévi-Valensi, t.I, 104 y sig.)

### **El período después de la Liberación en Francia, Rirette Maîtrejean, Simone Weil, Louis Lecoq, Maurice Laisant, “La Peste”(1947)**

En 1947, Camus está convencido de que ya basta de gente que muera por una idea, dado que lo que le interesa es vivir por lo que se quiere y morir por esto. En un primer momento la novela “La Peste” publicada en

1947, se interpretó como una representación velada de la ocupación nazi hacía poco superada, pero “La Peste” va mucho más allá como descripción de una enfermedad social ambigua: la peste en la sociedad, en la cabeza de la gente, la peste del estalinismo, la peste de la explotación capitalista, la peste de la bomba atómica... Según él, los objetivos absolutos constituyen un grave error, ya que en la práctica política se traducen en la voluntad de sacrificar la vida de otro. O sea, que quien no cree en los objetivos absolutos solo puede sacrificarse a sí mismo y no a los demás.

Camus estableció sus primeros contactos con el anarquismo europeo en 1940 después de su traslado de Argel a París y de otras etapas de su “Éxodo” vía Clermont-Ferrand y Lyon. En el marco de su actividad periodística estableció amistad con Rirette Maîtrejean – una amistad que duró toda la vida -. R. Maîtrejean era amiga del sindicalista revolucionario ruso Victor Serge, perseguido por Stalin, y había publicado con él el semanario “L’Anarchie” antes de la Primera Guerra Mundial (Marin: Rirette Maîtrejean 2016). Fue gracias a estos contactos que la posición política independiente de Camus se vio reforzada tanto del lado de las tentativas de apropiación de los comunistas en el seno de la prensa clandestina de la Resistencia como en los años posteriores a la Liberación en el diario “Combat” muy influenciado por Camus en aquel momento.

De estos contactos surgieron a la vez los lazos que mantuvo a lo largo de toda su vida con los anarcosindicalistas franceses del grupo de Pierre Monatte y de su periódico “La Révolution prolétarienne”, en el que que Camus no dejó de publicar artículos (Lou Marine d 2013, 283-346; T. Vertone 1984, 32 y sig.). A todo esto se suma el contacto amistoso con el anarquista André Proudhommeaux quien, en 1948, llevó a Camus a un encuentro con un grupo de jóvenes anarquistas.

En el cuadro de estos contactos, Camus participó a partir de 1946 en la creación del “Groupe de liaison internationale” GLI (Grupo de enlace internacional) que funcionó de 1949 a 1950. (Vanney, 2009, 85-97). Este grupo se comprometió a través de publicaciones e incluso materialmente en favor de los perseguidos por los regímenes dictatoriales durante la guerra fría, principalmente en favor de los españoles republicanos y anarquistas, los disidentes de los socialismos

de Estado de Europa del Este y por los perseguidos por el poder colonial de África e Indochina.

Camus escribió en casi todos los periódicos libertarios de Francia y de Suiza de habla francesa: “Le Libertaire”, “Le Monde libertaire”, “Franc-Tireur”, “Révolution Prolétarienne”, “Témoins”, así como en el diario anarco-sindicalista español “Solidaridad Obrera”, editado en aquel momento por Fernando Gómez Peláez. (Lou Marin ed. 2013). En la memoria de los anarco-sindicalistas españoles, Camus es considerado como uno de los raros escritores conocidos que denunció públicamente el carácter insoportable del reconocimiento internacional del franquismo después de 1939.

Más allá del grupo de Monatte y del periódico “Le Monde Libertaire” del grupo entorno a Maurice Joyeux, los contactos más estrechos de Camus fueron con el periódico “Témoins” publicado en 1953 por Jean-Paul Samson en Zurich, en el que Camus figuraba como coeditor. J.P. Samson no podía regresar a Francia debido a que había desertado durante la Primera Guerra Mundial convirtiéndose después en un anarquista no-violento. Como objetor de conciencia en la Primera Guerra Mundial fue condenado a diez años de cárcel y tuvo que exiliarse en el extranjero.

Con Robert Proix, un colaborador suyo durante esta época en París, así como con Rirette Maîtrejean intentó durante un tiempo contribuir a una reunificación de las corrientes divididas del sindicalismo revolucionario y del anarquismo no-sindicalista. (Lou Marin ed. 2013, 171-281).

Diversas corrientes del anarquismo colaboraron a menudo con Camus en diferentes campañas. Es importante remarcar que Camus intervino en 1957 para protestar contra la persecución de grupos sindicalistas revolucionarios en Argelia principalmente el “messialisme” o sea el grupo de partidarios/as del sindicalista Messali Hadj, que se había convertido en el blanco preferido de los atentados cometidos por los militantes del FLN (Frente de Liberación Nacional) nacionalista liberador – se trataba de deshacerse de una competencia molesta en el seno del anticolonialismo. (Volonté Anarchiste 1984, 18).

Un segundo aspecto importante de las actividades libertarias de Camus después de la guerra consistió en una especie de retorno a sus

posiciones anarco-pacifistas de anteriores a ésta, que más tarde él mismo llamó, de manera más precisa “La no-violencia”, (“no violento” en vez de “pacifista”) apoyando algunas acciones y campañas de objetores de conciencia y de anarquistas no-violentos.

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial, los escritos políticos y demás artículos de Camus tuvieron influencia en los debates de los antimilitaristas y anarquistas no-violentos en los Estados Unidos, como los “Peacemaker” o en la organización no-violenta-libertaria SNCC (Student Nonviolent Coordinating Committee) y en algunos de sus protagonistas como James Lawson o Bob Moses. (Carson 2004). En 1947 el anarquista no-violento Dwight MacDonald tradujo el ensayo de Camus “Ni víctimas ni verdugos”. Dwight MacDonald se hizo célebre como representante de la no-violencia revolucionaria en los Estados Unidos. Más tarde, el indio Narayan Desai – presidente de la Internacional antimilitarista “War Resisters International” (WRI) – citó la obra “Ni víctimas ni verdugos” como una contribución importante sobre este tema en su libro “Für eine gewaltfreie Revolution” (Por una revolución no-violenta) de 1972.

En 1948 Camus participó en las manifestaciones en favor de Garry Davis, expiloto de bombardero estadounidense y objetor de conciencia que se oponía al nacionalismo y a la creación de las Naciones Unidas como organización compuesta por representantes de los Estados-nación. Davis había devuelto su pasaporte en señal de protesta contra el imperialismo americano, lo que provocó el nacimiento del “Movimiento de los ciudadanos del mundo” que continúa activo en nuestros días. (Auvray, 2020).

Fue también durante este período de después de la guerra que Camus se apasionó por Simone Weil. Publicó textos de ella - fallecida en 1943 - que se hallaban dispersos, en una selección: “Escritos históricos y políticos” de Simone Weil en la colección “Espoir” de la Editorial Gallimard/Paris. Ambos compartían una nueva actitud revolucionaria para la protección de la Vida y de la sociedad humanas, señala el anarco-sindicalista Helmut Rüdiger (Rüdiger 1952, 25-28)

A finales de los años 50 Camus apoyó la campaña del anarquista antimilitarista Louis Lecoin en favor de la objeción de conciencia, que

condujo por primera vez a la aprobación de una ley para los objetores de conciencia en Francia, en diciembre de 1963 (Lottman 1986, 10).

A principios del año 1955, Camus apareció públicamente como testigo en un proceso contra el co-editor del periódico "Le Monde Libertaire", el anarquista no-violento Maurice Lasant. M. Lasant había organizado, junto con el grupo anarquista "Forces libres de paix" una campaña de colocación de carteles contra la guerra colonial de Francia en Indochina, que se parecía al cartel de reclutamiento del ejército francés, pero difundía el contenido contrario. Durante el proceso, Camus declaró con pasión su apego a Lasant. Acabada su declaración, Camus tomó asiento entre el público, compuesto mayoritariamente por obreros sindicalistas activos, quienes, según testigos, "lo rodeaban con simpatía". (Lottman 1986, 458, Lou Marin ed 159-162).

### **"El hombre rebelde". (1951)**

Sigue la obra filosófica más importante de Camus, "El hombre rebelde", en la que se pregunta sobre la necesidad y los límites del uso de la violencia revolucionaria. Según Camus, el "NO" inicial de la revuelta contra la opresión ha degenerado en las revoluciones colocando al asesinato como medio legítimo de opresión. Se exigen sacrificios en el inmediato presente para lograr objetivos ideales y metafísicos en un futuro (reino de la razón) o históricos y orientados hacia el futuro (sociedad sin clases). Camus reivindicaba una vuelta de la revolución a los orígenes de la revuelta que llevaba como ideal el rechazo puro y simple de cualquier veleidad de dominación o de violencia. (Marin 1998). Cuando en los años 1950 salieron a la luz la ingente cantidad de víctimas del estalinismo y del gulag, se planteó la cuestión de hasta qué punto la violencia y el asesinato político podrían continuar siendo medios legítimos para abolir la ausencia de libertad y la injusticia. Este libro fundamental de Camus recibió un reconocimiento excepcional en los medios libertarios a la vez que provocó un debate crítico en los círculos marxistas. De entrada le provocó una ruptura con André Breton y el movimiento surrealista (Lou Marin 2021, 147-174) e inmediatamente después la ruptura de su amistad con Jean-Paul Sartre. Tuvo igualmente repercusiones políticas más tarde en el debate sobre

Argelia (ver más abajo) en los años 1950.

Además, surgió una controversia en el periódico “Le Libertaire” entre Gaston Leval y Camus por la crítica que este último hacía de las tendencias autoritarias y nihilistas de Mijaíl Bakunin. G. Leval defendía a Bakunin e insistía en el hecho de que éste no había criticado a la ciencia como tal y que presentaba, junto a aspectos destructivos, numerosos valores y proyectos positivos. Como consecuencia, Camus modificó su opinión sobre Bakunin considerando desde aquel momento que se trataba de una crítica del “gobierno de la ciencia” o sea, la ciencia como una forma de dominación. (Lou Marin ed. 2013, 117-148). Jean-Paul Samson, por su parte, defendía la crítica de Camus sobre las tendencias nihilistas de Bakunin como una crítica necesaria, mientras que George Fontenis, en “Le Libertaire” encontraba solo insuficiente la manera precisa y extensa de cómo se trataba el movimiento makhnovista y la España revolucionaria de 1936 en el tratado filosófico de Camus. Por el lado libertario, la adhesión de Camus a la Comuna de París de 1871 y al sindicalismo revolucionario fue recibida con satisfacción.

### **Los efectos: La postura libertaria de Camus y su crítica de la violencia en la guerra de Argelia.**

Perteneciendo a una población francesa que vivía en Argelia desde hacía tres generaciones (Camus: El Primer Hombre) Camus exigía del Movimiento de Liberación Nacionalista (FLN) la garantía de los derechos de las minorías (judíos/judías, emigrantes italianos, españoles, tunecinos, malteses) una vez superado el colonialismo en Argelia. Veía en el federalismo que incluyera un gran número de derechos de autonomía, la base para eliminar el capitalismo en el norte de África. Jean-Paul Sartre, por su parte, era partidario de la independencia del Estado-nación argelino, de la lucha armada de liberación y a favor de un Estado centralizado. La arabización en el seno de una “nación argelina” era, según Camus, una equivocación, ya que los judíos, los griegos, los italianos y los bereberes podían pretender formar parte de este país plural. Y además, afirmaba, las francesas y franceses de Argelia son, después de tres generaciones, prácticamente “indígenas”. Camus



proponía un federalismo que no se fundara exclusivamente sobre las unidades territoriales sino también sobre las unidades culturales autónomas; criticaba el concepto y la denominación del Estado central francés de la “asimilación”. Se trataba de propuestas que demostraban hasta qué punto Camus estaba cerca de la concepción del federalismo de Pierre-Joseph Proudhon y de la crítica libertaria de la sociedad. Hace falta acabar con los prejuicios centralizadores de la Revolución francesa, decía Camus, y con esto se refería a las ideas de los “jacobinos” respecto a la “República única e indivisible” de la que dependía su fanática antipatía hacia las asociaciones libres y los modelos de organización federalistas. Era necesaria, según su opinión, una revolución contra el centralismo abstracto. Estas ideas podrían considerarse como su herencia política y cultural tal como opina el sindicalista libertario germano-sueco Helmut Rüdiger. Según él es evidente que el pensamiento de Camus se opone al frenesí de uniformización y nivelación de la tradición jacobina. Por el contrario, estas ideas tienen sus raíces en la otra gran tradición francesa, dentro del universo del pensamiento federalista, que por otro lado también había caracterizado a los movimientos populares españoles (Segunda República española 1931-1939) con los que Camus simpatizaba. (Rüdiger 1978, 146 y sig.).

Aunque Camus se movió en la escena oficial para recibir el premio Nobel de Literatura en 1957 en Estocolmo, puso a disposición de la revista “Arbetaren”, el órgano del sindicato anarco-sindicalista sueco SAC (Sveriges Arbetares Centralorganisation) uno de sus textos inéditos. Compartió sus honorarios del premio Nobel y utilizó una parte como don solidario para los emigrantes anarco-sindicalistas españoles en Francia.

La felicidad, la revuelta, la libertad y la intensidad de la vida por una parte – y la muerte por otra, eran los polos de la filosofía de Camus. Vivir la individualidad lo más intensamente posible, éste era el mensaje de Camus. Según él, el único obstáculo a esto era la muerte prematura. Es en este sentido que dejó la divisa de su vida: “Me rebelo, luego somos!”

Norman Stock (seudónimo , idéntico a Marin, Lou)/Wolfram Beyer

## **BIBLIOGRAFÍA**

## **Literatura :**

### **1. Libros**

- Ansprenger, Franz : Auflösung der Kolonialreiche (Disolución de los Imperios coloniales), Verlag dtv, Munich/All., 1981.
- Auvray, Michel : Histoire des Citoyens du Monde. Un idéal en action de 1945 à nos jours. (Historia de los ciudadanos del Mundo. Un ideal en acción de 1945 hasta nuestros días)- Éditions Imago, Paris 2020.
- Beyer, Wolfram / Libertäres Forum Berlin : A. Camus : Weder Opfer noch Henker (Ni víctimas, ni verdugos), Schriften des Libertären Forum Berlin, Berlin/All. 1991.
- Camus, Albert : Verteidigung der Freiheit (Defensa de la libertad), Reinbek/All. 1987.
- Carson, Clayborne : Zeiten des Kampfes. Das Student Nonviolent Coordinatin Committee (SNCC) und das Erwachen des afro-amerikanischen Widerstands in den sechziger Jahren (El momento de la lucha. Le Student Nonviolent Coordinating Committee (SNCC) y el despertar de la resistencia afro-americana en los años sesenta), Verlag Graswurzelrevolution, Nettersheim/All. 2004.
- Lévi-Valensi, Jacqueline (éd.) : Albert Camus – Journalist in der Résistance (Albert Camus – Periodista en la Resistencia), vol. I et II, Laika Verlag, 2 Bde., Hamburg 2014.
- Lottman, Herbert R. : Camus. Das Bild eines Schriftstellers und seiner Epoche (Camus. La concepción de un escritor y de su época), Rowohlt, Hamburg/All. 1986.
- Marin, Lou : Ursprung der Revolte. Albert Camus und der Anarchismus (Origen de la Revuelta. Albert Camus y el anarquismo), Verlag Graswurzelrevolution, Heidelberg/All. 1998.
- Marin, Lou (éd.) : Albert Camus – Libertäre Schriften 1948-1960 (Albert Camus – Escritos Libertarios 1948-1960), Laika Verlag, Hamburg/All. 2013
- Rüdiger, Helmut : Sozialismus in Freiheit (El socialismo en libertad), Münster/Wetzlar/All. 1978.
- Vertone, Teodosio : L'Oeuvre et l'Action d'Albert Camus dans la Mouance de Tradition Libertaire (La obra y la actividad de Albert Camus en el Movimiento de Tradición Libertaria), ACL, Lyon 1984 ; in : Marin, Lou : Ursprung der Revolte. (Origine de la révolte. Albert Camus et l'anarchisme- Origen de la revuleta, Albert Camus y el anarquismo-), Verlag Graswurzelrevolution, Heidelberg/All. 1998, pp. 239-278.

### **2. Artículos en revistas, antologías o folletos**

- Beyer, Wolfram : Albert Camus – ein Libertärer (Albert Camus – un libertario) in :

Wolfram Beyer, Schriften des Libertären Forum Berlin ; in: Albert Camus : Ni víctimas, ni bourreaux (Ni víctimas ni verdugos) (Weder Opfer noch Henker), Berlin/All. 1991.

Camus, Albert : Das Blut der Freiheit (La sangre de la libertad) , dans : Camus, Albert : Verteidigung der Freiheit, Reinbek/All. 1987.

Gaum, Wilfried : Revolte und Revolution. Triebkräfte und Ziele des Gesellschaftswandels bei Landauer und Camus (Revuelta y revolución. Motores y objetivos del cambio de la sociedad), in : Die freie Gesellschaft, Vierteljahresschrift für Gesellschaftskritik und freiheitlichen Sozialismus, n° 2 et n° 3, Hannover/All. 1981.

Koehlin, Heiner : Freiheit und Geschichte in der Kontroverse zwischen Albert Camus und Jean Paul Sartre (Libertad e Historia en la controversia entre Albert Camus y Jean Paul Sartre), in : Sisyphos. Aktuelle Schriftenreihe, n° 3, Bâle/Suisse 1985.

Marin, Lou : Der Bruch zwischen Albert Camus und André Breton. Surrealismus und Anarchismus zwischen Annäherung und Distanzierung nach 1935 (La ruptura entre Albert Camus y André Breton. El surrealismo y el anarquismo entre el acercamiento y la distancia después de 1935), in : Susanne Gramatzki (éd.) : Anarchie und Ästhetik. Fallbeispiele vom 19. Jahrhundert bis zur Gegenwart, Frank & Timme, Berlin/All. 2022, p. 147-174.

Rom, Paul : Zusammengehörigkeit - Alfred Adlers 'Gemeinschaftsgefühl' et Camus' 'Solidarität (La pertenencia común - El "sentimiento de comunidad" de Alfred Adler y la solidaridad de Camus), in : Geist und Tat. Monatsschrift für Recht, Freiheit und Kultur, Francfort/M./All. 1961.

Rüdiger, Helmut (sous le pseudonyme "Observateur") : Ein Verkünder der „generösen Revolution“ (Un poeta de la revolución generosa), in : Die freie Gesellschaft, Vierteljahresschrift für Gesellschaftskritik und freiheitlichen Sozialismus, n° 33/34, 3e année, 1952.

Schüssler, H. : Albert Camus, in : Die freie Gesellschaft. Vierteljahresschrift für Gesellschaftskritik und freiheitlichen Sozialismus, n° 24, 2o año, 1951.

Stock, Normann : A. Camus : Der Mensch in der Revolte – eine klassische Schrift des gewaltlosen Anarchismus (El Hombre rebelde- Escritos clásicos del anarquismo no violento), in : Graswurzelrevolution, n° 197, avril 1995, Heidelberg/All., p. 14f.

Stock, Normann : « Camus verteidigen ! » (« Defensar a Albert Camus! » - Actividades y contactos de Camus con el movimiento anarquista), in : Graswurzelrevolution ; Nr. 205, 1996, Heidelberg/All., p. 14f.

Stock, Normann : Albert Camus und der Algerienkrieg (Albert Camus y la guerra de Argelia – federalismo, crítica del nacionalismo y crítica de la violencia), in : Graswurzelrevolution ; n° 205, 1996, Heidelberg/All., p. 13f.

Stock, Normann : Gib' zu, dass es Unschuldige gibt! (¡Admite que hay inocentes! La última novela de A. Camus sobre su madre y su infancia en Argelia es una reflexión cifrada sobre la guerra de Argelia), reporte de lectura, in : Graswurzelrevolution ; n° 205, 1996, Heidelberg/All., p. 13f.

Vanney, Philippe : "Une liberté en action : Albert Camus et les Groupes de liaison internationale"(La libertad en acción: Albert Camus y los grupos de enlace internacional), in : Les Rencontres Méditerranéennes Albert Camus: Le Don de la Liberté (Los encuentros mediterráneos Albert Camus : El Don de la Libertad). Les Relations d'Albert Camus avec les Libertaires (Las relaciones de Albert Camus con los libertarios), Lourmarin 2009, 85-97.

# ALBERT CAMUS Y LOS LIBERTARIOS

## *Calendario de la libertad*

*19 de julio de 1936*

El 19 de julio de 1936 empezó en España la Segunda Guerra Mundial. Hoy estamos conmemorando este acontecimiento. A día de hoy esta guerra se ha acabado, excepto precisamente en España. El pretexto para no darla por acabada es precisamente la necesidad de prepararse para la tercera guerra mundial. En esto se resume la tragedia de la España republicana que vio como se le imponía una guerra civil y extranjera por parte de los jefes militares rebeldes y al mismo tiempo ve como se le imponen los mismos jefes en razón de la guerra extranjera. Durante quince años una de las causas más justas que pueden encontrarse en la vida humana se ha visto constantemente deformada e incluso traicionada por los intereses más amplios de un mundo librado a las luchas de poder. El ideal de la República se ha hallado y se halla permanentemente identificado con la paz y es ésta, sin lugar a duda, su razón de ser. Desgraciadamente el mundo no ha cesado de estar en guerra desde el 19 de julio de 1936 y en consecuencia la República española no ha dejado de ser traicionada o cínicamente utilizada. Quizás es vano por esta razón hacer un llamamiento, como lo hemos hecho en múltiples ocasiones, al espíritu de justicia y de libertad, a la conciencia de los gobiernos. Por definición un gobierno no tiene conciencia, como mucho tiene una política y nada más. Quizás la mejor manera de defender a la República española no sea afirmar que no es digno de una democracia matar por segunda vez a aquellos que han luchado y han muerto por la libertad de todos nosotros. Es el discurso de la verdad y por esta razón resuena en el desierto. La forma correcta sería más bien decir que, si mantener a Franco encuentra únicamente su justificación en asegurar la defensa de Occidente, esta justificación no vale. Debemos saber que esta defensa de Occidente perderá su razón de ser y sus mejores combatientes si acepta el mantenimiento de un régimen de usurpación y de tiranía.

Dado que los gobiernos occidentales han decidido que solo les interesan

los hechos reales, debemos recordarles que las convicciones de una gran parte de Europa también forman parte de esta realidad y que no siempre se podrán obviar. Los gobiernos del siglo XX tienen la lamentable tendencia a creer que la opinión y las conciencias pueden gobernarse como las fuerzas del mundo físico. No deja de ser cierto que mediante las técnicas de la propaganda o del terror han logrado dar a las opiniones y a las conciencias una lamentable elasticidad. Existe, sin embargo, un límite para todo y principalmente para la flexibilidad de la opinión. Se ha podido mistificar la conciencia revolucionaria hasta alabar las miserables proezas de la tiranía. Los mismos excesos de esta tiranía la vuelven, sin embargo, evidente y somos testigos de cómo a mediados de este siglo se despierta de nuevo la conciencia revolucionaria y vuelve a sus orígenes. Por otro lado, hemos podido mistificar el ideal de libertad por el que los pueblos y los individuos han sabido luchar en el momento en que sus gobiernos capitulaban. Les han hecho esperar, aceptar acuerdos cada vez peores, pero hemos llegado a un límite que si se sobrepasa no podremos hacer un llamamiento a las conciencias libres: también deberemos combatir a ellas. Para nosotros, europeos que el 19 de julio de 1936 tomamos conciencia de nuestro destino y de nuestras verdades este límite es España y sus libertades.

El peor error que podrían cometer los gobiernos occidentales sería ignorar la existencia de este límite. Nuestra peor vileza sería que dejáramos que lo olvidaran. He leído entre los muy diversos artículos que un periódico que quiere hacer gala de neutralidad consagra a lo que llama el problema español, que los dirigentes republicanos españoles ya no creen en la República. Si esto fuera cierto, justificaría las peores iniciativas contra esta República. Pero el autor de estos artículos, M.Creach, al hablar de estos dirigentes republicanos, añade “por lo menos los que viven en España”. Por desgracia para M.Creach y por suerte para la libertad de Europa, los dirigentes republicanos ya no viven en España. O, en el caso de que vivan allí, M.Creach no podrá hallarlos en los ministerios o salones de Madrid. Aquellos a quien dice conocer y llama republicanos tiene razón al decir que ya no creen en la República. Dejaron de creer en ella a partir del momento en que aceptaron someterla por segunda vez a sus asesinos. Los que de verdad, los únicos jefes republicanos que viven en España tienen una opinión tan categórica que creo no puede gustar a M. Creach, ni a aquellos que, para justificar a Franco, no cesan de aceptarlo en razón de un peligro de guerra y de las necesidades de la defensa occidental. La que debemos

dar a conocer es la opinión de los combatientes clandestinos porque, sólo ella, puede indicarnos el límite en el que todos nos movemos y que, por nuestra parte, no dejaremos que se tuerza. Es por ello que quisiera que mi voz sonara con más fuerza de lo que lo hace en este momento y llegara directamente a aquellos que tienen la tarea de definir la política occidental en función de la realidad, para hacerles llegar las declaraciones sin ambigüedad del responsable del más importante movimiento clandestino español. Estas declaraciones de las que doy fe del origen y la autenticidad son cortas. Dicen: “Por costumbres, por cultura, por civilización, pertenecemos al mundo occidental y estamos en contra del mundo oriental. Pero si Franco se mantiene en el poder, haremos lo que haga falta para impedir que ningún hombre en nuestro país tome nunca las armas a favor de Occidente. Estamos organizados para ello.”

Esta es una realidad que los realistas de Occidente harían bien en meditar. Y no solo en lo que concierne a España. Porque el combatiente que habla así, y cuya vida hoy está permanentemente en peligro, es el hermano de armas de centenares de miles de europeos que se le parecen, que están dispuestos a luchar por sus libertades y por ciertos valores de Occidente, que saben que cualquier lucha comporta un mínimo de realismo, pero que no confundirán nunca realismo con cinismo y que no tomarán nunca las armas para defender Occidente y la libertad al lado de los moros de Franco y de los admiradores de Hitler. Este es un límite que nunca será rebasado. Durante casi diez años hemos comido el pan de la vergüenza y de la derrota. El día de la liberación, en la cima de la esperanza más grande, supimos con creces que la victoria había sido traicionada y que debíamos renunciar a algunas de nuestras ilusiones. ¿A algunas? ¡Sin lugar a duda! Al fin y al cabo no somos unos niños. Pero no a todas, no a nuestra fidelidad la más esencial. En este límite claramente trazado está principalmente España que una vez más nos ayuda a ver claro. Ningún combate será justo si en realidad se lleva a cabo contra el pueblo español. Y si se libra contra él, será sin nosotros. Ninguna Europa, ninguna cultura será libre si se construye sobre la servidumbre del pueblo español. Si se construye sobre esta servidumbre lo hará en contra nuestro. El inteligente realismo de los políticos occidentales les llevará finalmente a ganar para su causa cinco aeropuertos y tres mil oficiales españoles al mismo tiempo que se alejaran de centenares de miles de europeos. Una vez hecho, estos genios de la política lo celebrarán rodeados de ruinas. A no ser que los

realistas entiendan el lenguaje del realismo y al fin entiendan que el mejor aliado del Kremlin no es hoy en día el comunismo español, sino el mismo general Franco y sus apoyos occidentales.

Quizás estas advertencias sean inútiles. Pero de momento, a pesar de todo, queda un pequeño espacio para la esperanza. Que se puedan realizar estas advertencias, que un combatiente español haya podido expresar lo que he dicho, es la prueba de que por lo menos ninguna derrota será definitiva mientras el pueblo español, como acaba de demostrarlo, mantenga su fuerza de combate. Paradójicamente este pueblo hambriento, avasallado, exiliado de la comunidad de naciones, es en nuestros días el centinela y testigo de nuestra esperanza. Este pueblo es muy distinto en esto a los jefes de los que habla M. Creach, está vivo, sufre y lucha. De tal manera que molesta a los teóricos del realismo que afirmaban que ante todo lo que quería este pueblo era tranquilidad. La deseaba tan poco que ha sido necesario que los teóricos echen el lastre. En los periódicos en los que estos días se expresa laboriosamente lo que pretende ser la élite europea han osado explicar el fenómeno de las huelgas españolas de tal manera que dejaba intactas a las verdaderas fuerzas del régimen franquista. Su último hallazgo ha sido descubrir que estas huelgas han sido inducidas por la burguesía y el ejército. Pero estas huelgas han sido llevadas a cabo por aquellos que trabajan y sufren, esta es la realidad. Y como podría ser que patrones y obispos españoles hayan visto una ocasión para expresar sin ningún riesgo para sus personas su oposición, son todavía más despreciables, si es así, por haberse aprovechado del sufrimiento y la sangre del pueblo español para decir lo que eran incapaces de gritar ellos mismos. Todos estos movimientos han sido espontáneos y este impulso garantiza la realidad de las declaraciones de nuestro camarada y fundamenta la única esperanza que podemos alimentar.

¡Evitemos creer que la causa republicana está en horas bajas! ¡Evitemos creer que Europa agoniza! Las que realmente agonizan de Este a Oeste son las ideologías. Y quizás Europa, de la que España es solidaria, es tan miserable porque se alejó por completo, incluso en su pensamiento revolucionario, de una fuente de vida generosa, de un pensamiento en el que la justicia y la libertad se reencuentren en una unidad carnal, alejada de las filosofías burguesas y del socialismo autoritario. Los pueblos de España, de Italia y de Francia guardan el secreto de este pensamiento y lo guardarán para que les sirva en el momento del



renacimiento. En aquel momento, el 19 de julio de 1936 será también una de las fechas de la segunda revolución del siglo, la que tiene sus raíces en la Comuna de París, que avanza siempre bajo las apariencias del fracaso, pero que no ha acabado de sacudir al mundo y que finalmente llevará al hombre más lejos de lo que pudo hacer la revolución del 17. Alimentada por España, y en general por el genio libertario, nos devolverá un día una España y una Europa y con ellas nuevas tareas y combates, por fin, a cielo abierto. En esto se fundamentan nuestra esperanza y nuestras razones para luchar.

Camaradas españoles, al decir esto no me olvido, os ruego me creáis, que si quince años son poca cosa comparados con la historia, los últimos quince años que acabamos de vivir han pesado enormemente sobre las espaldas de muchos de entre vosotros en el silencio del exilio. Hay algo que ya no soy capaz de repetir de tanto decirlo, y es mi apasionado deseo de que encontréis la única tierra que está hecha a vuestra medida. Esta noche siento todavía el amargor que puede suscitar el hablar solo de renovadas luchas y combates en vez de hacerlo de la justa felicidad a la que tenéis derecho. Pero todo lo que podemos hacer para reivindicar tanto sufrimiento y tantas muertes es llevar dentro de nosotros sus esperanzas e impedir que tanto sufrimiento no haya sido en vano y que estas muertes no hayan sido solitarias. Estos implacables quince años han desgastado a tantos hombres en la lucha y a la vez han forjado tantos otros cuyo destino no es otro que reivindicar a los primeros. Por más duro que sea, es la manera con la que las civilizaciones se construyen. Al fin y al cabo, es por vosotros y en parte por España que algunos de nosotros hemos aprendido a tenernos en pié y a aceptar sin descanso la dura tarea de la libertad. Para Europa y para nosotros, a menudo sin saberlo, habéis sido y sois maestros de la libertad. Esta dura tarea que no tiene fin, es a nosotros a quien toca ahora compartirla con vosotros sin descanso y sin excusas. Esto es lo que os da la razón de ser. Desde que tengo edad de adulto he encontrado en la historia a muchos vencedores en los que he descubierto su cara repugnante. Para serlo les era suficiente matar y someter. Pero hay otra raza de hombres que nos ayuda a respirar, que ha hallado la razón de su existencia y libertad en la libertad y la felicidad de todos y que incluso saca de las derrotas razones para vivir y amar. Éstos, incluso derrotados, nunca estarán solos.

17 de junio 1953

No perteneciendo a ningún partido y poco tentado por el momento en formar parte de ninguno, me parece que justificaría el sentido de nuestra reunión si llegara a explicar de manera clara, en pocas frases, las razones que me han traído a esta tribuna. Para situarlas tengo que decir que los acontecimientos de Berlín han provocado en algunos sectores una repugnante alegría que no puede ser la nuestra. En el momento en el que después de dos años de agonía, los Rosenberg eran conducidos a la muerte, la noticia de que se había disparado sobre los obreros de Berlín-Este, lejos de hacernos olvidar el suplicio de los Rosenberg como ha intentado la prensa comúnmente llamada burguesa, representaba para nosotros un obstinado malestar de un mundo en el que una tras otra y de manera sistemática, todas las esperanzas eran asesinadas. En el momento en que *Le Figaro* hablaba con elocuencia del pueblo revolucionario de Berlín, nos provocó hilaridad el hecho que, el mismo día, *L'Humanité* vituperando a los que llama como en los buenos tiempos "los instigadores" no hubiera presentado ante nuestros ojos la tragedia en la que vivimos y la doble mistificación que prostituye incluso nuestro lenguaje.

Pero, aunque crea que es imposible que los disturbios de Berlín hagan olvidar a los Rosenberg, me parece incluso más horrible que hombres que se dicen de izquierda puedan intentar disimular bajo la sombra de los Rosenberg a los fusilados alemanes. Sin embargo es lo que hemos visto y vemos todos los días y es precisamente por lo que estamos aquí. Estamos aquí porque si no estuviéramos, nadie de entre los que aparentemente tienen la misión proclamada de defender al trabajador estaría. Estamos aquí porque los obreros de Berlín se arriesgan a ser traicionados después de ser asesinados, traicionados por los mismos de los que podían esperar solidaridad.

Cuando uno se proclama entregado a la emancipación de los trabajadores, la sublevación de los obreros que, en Alemania o Checoslovaquia, rechazan el empeoramiento de sus condiciones de trabajo y piden elecciones libres, demostrando de esta manera a todos los dinámicos intelectuales que les predicaban lo contrario, que la justicia no puede ir separada de la libertad, este levantamiento y la enorme lección que conlleva y la represión que ha sufrido ¿Acaso no necesita por lo menos unas cuantas reflexiones? ¿Acaso no merece,

después de tantas tomas de posición proclamadas a un lado y a otro, una rotunda declaración clara y firme de solidaridad? Cuando un trabajador, en cualquier lugar del mundo, levanta sus puños desnudos delante de un tanque y grita que no es un esclavo, ¿qué clase de gente somos si nos mantenemos indiferentes? ¿Qué sentido tiene que intervengamos a favor de los Rosenberg si nos callamos ante Goettling?

Es la indignación, sin embargo, al mismo tiempo que la repugnancia ante la renuncia a la que hemos asistido, lo que nos lleva a hablar esta noche. En lo que me concierne, me ha parecido que no podíamos tener la conciencia tranquila a un precio tan bajo. Admiro y envidio evidentemente la facilidad con la que cierta prensa de izquierdas y sus colaboradores han neutralizado, esta es la justa palabra, la tragedia de Berlín. Admiro que, desde el primer día, nuestros medios progresistas hayan espontáneamente discernido que las manifestaciones de la Avenida Stalin habían sido instigadas por el gobierno ruso. Esta ingeniosa explicación se ha desvanecido a partir del momento en el que las balas abatían a los manifestantes del Kremlin. Pero ya había logrado enturbiar algunas ideas. Después, algunos maquillajes tipográficos han sido suficientes para mandar al exilio de las terceras páginas la noticia más importante que se ha recibido desde hace muchos años. Me admira que un periodista haya podido concluir un relato de los acontecimientos de Berlín, que había vivido por personas interpuestas, advirtiéndonos que la salida de los rusos, dejando a los alemanes a su suerte, dejaría el campo libre a atrocidades todavía más siniestras que las que ha visto nuestra Liberación. Podríamos, en efecto, sorprendernos de que la única enseñanza a sacar de los disturbios de Berlín fuera lamentarnos por la desaparición de Hitler. Ya no es finalmente admiración lo que experimento, sino más bien una especie de respetuosa consideración hacia este periodista de un semanario, supuestamente de izquierdas, que al narrar los mismos acontecimientos, escribió sin ruborizarse que debíamos admirarnos de la disciplina y la sangre fría de las tropas rusas.

Pero, no obstante esta admiración, existe por lo menos un argumento que no podemos aceptar: el que consiste en decir que no estamos suficientemente informados. Al fin y al cabo siempre se está medio informado de lo que sucede en los regímenes totalitarios, cualesquiera que sean. ¿Será entonces que solo las dictaduras podrán escaparse de la crítica de la opinión pública por el simple hecho de que rechazan informar a la opinión pública? ¿Habrà que callarse ante todas las

Bastillas con el pretexto que sus prisioneros no están vinculados directamente y por un cable especial con los directores de nuestros periódicos? El hecho de que los acontecimientos que nos ocupan hayan tenido lugar a pocos metros del sector occidental ha sido la única razón por la que no han podido camuflarse. De otra manera no habiéramos tenido conocimiento de dicha revuelta o, como mucho, lo habiéramos sabido como sucedió con las revueltas de Checoslovaquia, lentamente a través de los gruesos muros de la policía y de las cárceles. Pero estos acontecimientos han sucedido ante los ojos de los berlineses y también ante una cámara holandesa por lo que no podemos pasar por alto que se trata ante todo, independientemente del uso que cada uno de los dos bandos haya querido hacer, de una revuelta obrera contra un gobierno y un ejército que se reclamaban estar al servicio de los obreros. Y por si no estábamos suficientemente convencidos, el discurso del gobierno de Berlín-Este nos lo confirmó. Aquellos que a partir de esto afirman en público que no están suficientemente informados, les desafío a que se lo digan a sí mismos, en la soledad, a la hora de la verdad. En este punto, el oscurantismo que persiste sobre ciertas regiones de la revuelta, la ignorancia en la que estamos sumergidos sobre el destino de millares de personas, es indigno utilizarlo únicamente contra las víctimas. Si esta ignorancia acusa a alguien es, precisamente, a los responsables de la represión, no a los autores de la revuelta. Lo que hay que denunciar es lo que para mí es el hecho más grave: que a día de hoy hay gente, cuyos nombres nunca conoceremos, que muere por haber defendido la libertad obrera. Pero por el hecho de que estas víctimas permanecerán para siempre en el anonimato, ¿hay que eliminarlas esta vez, una vez más de nuestra memoria? Solo sabemos que son trabajadores alzados en defensa de su condición y el desconocimiento de sus nombres no puede ser un pretexto para que permanezcan todavía más en el anonimato, para no reconocerles su condición, para disputarles su condición de trabajador e incluso, cada vez que se pueda, deshonrarlos llamándolos sinvergüenzas y fascistas?

No, no queremos ser partícipes de esta tarea, estamos aquí para manifestar nuestro rechazo a esta repugnante manipulación. Y para dejar claro en una frase las razones de nuestra presencia aquí debemos decir ante los trabajadores alemanes y checos reducidos en la actualidad al silencio, que rechazamos que un día se nos pueda decir: "Ellos los asesinaron pero vosotros los habéis vergonzosamente enterrado".

Tengo pocas cosas que añadir para cerrar esta reunión. Cada uno de nosotros hemos tenido que tomar decisiones decisivas después de la Liberación. Pero hoy, ante el acontecimiento más grave que se ha producido después de ésta, ha llegado desde mi punto de vista, el momento de la decisión definitiva. Me parece imposible que hombres que se dicen comprometidos con la dignidad y con la liberación de los trabajadores puedan, con su silencio, aceptar el asesinato de trabajadores cuyo único crimen consiste en revelarse contra una condición material insoportable.

Es cierto que ni unos ni otros hemos podido impedir esta tragedia. Pero la represión ha terminado y estamos a tiempo todavía manifestando nuestra opinión para influir, aunque sea poco, en su desarrollo. En el momento en que los primeros signos de antisemitismo aparecieron en el Este, fue la indignación espontánea de aquellos que en el Oeste no estaban de acuerdo la que en cierta manera convenció a los gobiernos del Este, que no podían dejar que se estableciera esta perversión. Es esta la razón por la que, junto con todos vosotros, me dirijo a aquellos que no hemos olvidado, que fueron nuestros camaradas para decirles: aunque solo salváramos la vida de un trabajador alemán en los próximos días, esta vida justificaría el hecho de habernos reunido e hiciera que aquellos que han permanecido callados, hablen ahora y nos ayuden a salvarla. ¿Acaso no preferís vuestros argumentos y vuestros sueños a esta miseria que lleva dos semanas interpelándonos? No justificéis la sangre y el dolor de ahora en aras a la consideración de un futuro histórico que carecerá de sentido al menos para aquellos que murieron. Creednos por última vez cuando os decimos que ningún sueño humano, por grande que sea, justifica el asesinato de alguien que trabaja y es pobre. Nadie os pide renunciar a nada en lo que creéis o queréis. Pero en nombre de la libertad que pretendéis servir reclamad con nosotros esta comisión de investigación en la que se hallarán presentes todas las centrales sindicales y que, por lo menos, servirá de mediador en un drama cuyo mayor desafío no es la sociedad ideal que discutís y soñáis en un día todavía invisible, sino la horrible muerte a la que están amenazados hoy los humillados por haber creído, como el Marx del que oían hablar todos los días, que la igualdad no podía subsistir sin la libertad.

### ***Prefacio (1)***

Veinte años después de la Guerra de España nos hemos reunido aquí para afirmar nuestra fidelidad a la República vencida. Ni el tiempo ni el olvido, grandes compañeros de viaje de los reaccionarios de derecha o de izquierda, han podido contra esta imagen intacta entre nosotros de una España libre y encadenada. La Segunda Guerra Mundial, la Ocupación, la Resistencia, la Guerra Fría, el drama argelino y el actual malestar francés no han podido restar nada a este callado sufrimiento que arrastran los hombres de mi generación a través de su monótona y jadeante historia, después del asesinato de la República española.

Nuestra historia empezó justamente con esta guerra perdida, España fue nuestra verdadera institutriz. Aprendimos de ella que la historia no discernía entre causas justas e injustas y que dependía de la fuerza cuando no se ponía en manos del azar. Es por no haber reflexionado suficientemente en esto, o quizás porque lo han sufrido, que la gente de izquierdas ha buscado sus raíces en la misma historia. El culto a la historia no puede ser otra cosa que el culto al hecho consumado. Y como tal, no dejará nunca de ser deshonroso. Si la duración en el tiempo otorga la razón, después de veinte años Franco representa el derecho y Hitler casi tuvo razón para siempre; a continuación se podría acoger a la Falange en la ONU y disertar sobre los derechos humanos en el capitolio de la censura.

Por el contrario, los que nos reunimos aquí somos gente que siempre hemos querido demostrar que Franco está equivocado, que rechazamos darle la razón ni que fuera un momento a Hitler, y que hemos desmontado a Stalin antes de que sus cómplices hubieran soñado con coger una llave inglesa. No nos prosternaremos ante la historia y nos encontrarán solo donde se entra con armas en la mano, en el momento en el que la libertad se defiende a la vez que se edifica y cuyo destino debe transformarse constantemente y nunca soportarse. Aquellos que de 1936 a 1939 comprendieron esto, no acabarán nunca de reconocerle a España lo que le deben.

Rechazar al mismo tiempo el hecho consumado y abordar de frente la realidad histórica no puede quedar sin consecuencias. Impide descansar en nuestras seguridades y aceptar el consuelo de la melancolía. Nos impide huir y adorar la historia al mismo tiempo que rechazar sin tregua el pacto y la sumisión. Nos invita a luchar sin tregua en favor del orden

que el espíritu y el corazón son los únicos en reconocer frente a la historia. Debemos, por consiguiente, decir frente a las burlas, que se trata de una lección de honor. Y que por haber olvidado o despreciado este honor, la revolución del siglo veinte se ha visto condenada a la abyección.

A día de hoy cuando, después de veinte años del derrumbe, España se mueve, debemos reafirmar nuestra fidelidad a la causa. Pero, al mismo tiempo la lucha debe continuar, porque sin ella cualquier fidelidad no es otra cosa que un desgraciado sueño. No podemos permanecer fieles a los obreros de Navarra y de Vizcaya, o a los estudiantes de Madrid sin ofrecerles nuestra solidaridad y apoyo. En el curso de sus protestas, los estudiantes de París y nuestros sindicatos se han mantenido en silencio eludiendo sus deberes más imperiosos. Están, sin lugar a dudas, desmoralizados pero incluso en esto España ilustra de manera privilegiada su desconcierto. Cuando el único acuerdo entre Washington y Moscú no es otro que aceptar a Franco en el concierto de las naciones llamadas libres, aquellos que siguen sus directrices o sitúan sus esperanzas en estas capitales no pueden sino estar desorientados. Pero aquellos que solo reciben órdenes del espíritu de libertad no tienen ninguna razón para estarlo. El mantenimiento de Franco en el poder es la señal desde hace muchos años del imperdonable fracaso de la política occidental y, desde hace un tiempo, la cínica aberración de la política oriental. En la historia de nuestros días no habrá nada tan claro como esta traición, nada más impactante como esta injusticia. Que esta claridad nos ayude por lo menos a despertar a los dormidos, a reunir a los raros intelectuales libres y a nuestros sindicalistas independientes para demostrar a los estudiantes y obreros de España que no están solos.

Parecía que nada hasta ahora había podido quebrar la esperanza de los oprimidos de España. La pobreza de las doctrinas que se les proponía, la traición de los partidos, la degradada política de las naciones, les hundían a diario cada vez más en la soledad y la noche. Pero la muerte de Ortega y Gasset ha recordado a los estudiantes que este gran filósofo situó la libertad, sus derechos y sus deberes, en el centro de su pensamiento. Al mismo tiempo la economía franquista conducía a los obreros del norte a una miseria tal que solo podían encontrar su dignidad en la revuelta. El día en que la inteligencia, siguiendo su vocación, se vuelque en las luchas por la libertad, cuando el trabajo

rechace degradarse por más tiempo, este día, el honor y la revuelta empezaran a poner un pueblo en marcha. Nuestra fidelidad no se dirigirá más al fantasma de una España vencida sino a la España del futuro del que depende también de nosotros que sea la de la libertad.  
(1)Témoins 12/13, primavera-verano 1956 “Fidelités à l’Espagne”

### ***Hungría de nuevo(2)***

*Los documentos de la Tribune libre (ed. Plon) acaban de publicar La Vérité sur L’Affaire Nagy (los hechos, los documentos, los testimonios internacionales), en el que un equipo de redactores ha establecido de manera escrupulosa, con pruebas en la mano, la triste verdad sobre el asesinato legal del que fueron víctimas Imre Nagy y sus compañeros. Creemos que lo mejor que podemos hacer en este mundo, dado a un rápido olvido, es reproducir el prefacio de Albert Camus en este libro-testimonio que todos deberíamos leer.*

“Una acción correcta y necesaria” De esta manera justificaba Gomulka el pasado mes la intervención de las tropas soviéticas en Hungría. Quizás la historia le perdone al dirigente polaco la palabra “necesaria” en justa consideración a la necesidad histórica en la que vive su país: la dialéctica del ejército ruso le tiene sin margen de maniobra. Pero la palabra “correcta” no le era tan indispensable. Un simple análisis muestra que añadía un sentimiento de estima, o sea una complicidad que podía ir a más. Un mes más tarde, animados por este reconocimiento, sus amos rusos mandaban a la horca junto con tres de sus amigos al único jefe legal de Hungría. Y de entre la cantidad de discursos que un político marxista como Gomulka se ve en la necesidad de pronunciar, una única insignificante palabra, imposible de digerir, corrió el riesgo de sobrevivir, por desgracia para su memoria.

El análisis de los hechos demuestra que en el caso de Imre Nagy en Hungría hubo perjurio, abuso de poder, desprecio del derecho internacional, violación de la inmunidad diplomática y parlamentaria, raptos y asesinatos. Lo único que no ha habido son hurtos. Por mi parte lo lamento. En medio de este “maravilloso mundo”, un ladrón le hubiera dado un cariz bucólico y refrescante. ¡Pero no! Nos hallamos ante personas austeras, que no matan por capricho ni por fantasía sino por necesidad, histórica evidentemente, para darle ideas a Tito para que



reflexione (como por ejemplo expulsando a los diplomáticos yugoslavos encargados de vigilar a Nagy en el viaje en autobús fuera de la embajada), o para hacerle un guiño a Mao (ya sabéis, el sensible Mao, el poeta de las cien flores, ¡la Margarita china! Por cierto, ¿sabéis que reclamó con flores a estos ahorcados? Los quería. ¡Y se los dieron!) O sea que a Nagy y a los otros se les ha juzgado por necesidad, sobre la marcha, quizás en Rusia, quizás en Hungría o en Pekín, no se sabe, pero importa poco, somos internacionalistas, de manera rápida, no se puede detener el progreso y a continuación, sin desenganchar la cuerda, se les mató. Los estiraron en el suelo en el sentido de la historia y ya les han preparado la losa. En resumen, cinco preciosos bultos para adornar estas miserables tumbas y justificar la razón histórica del evento.

Este tratado de inocencia o de exculpación se llama *Libro Blanco*, como el lobo. En resumen, se trata de una requisitoria. Solo por comodidad se pronuncia después de la ejecución. En el interior del universo histórico existe la mentalidad de la escalera. La ventaja es que el procurador juega a ganar. Antes de que haya empezado, ya se le ha dado la razón y quebrado el cuello al acusado.

Es una historia clara, sin error posible: Nagy ha sido asesinada sin ser juzgada. Todo el mundo lo sabe incluidos sus jueces, solo queda archivar el asunto. Por otro lado no incide en la relación de fuerzas ni en las posturas. Por ejemplo, en octubre de 1956 el mundo estalló indignado para, seguidamente, volver a la calma. En octubre de 1956, la ONU se enfadó, incluso dio algunas órdenes muy contundentes al gobierno Kádár. El susodicho gobierno le restregó estas órdenes por la cara. “De acuerdo” dijo la ONU e inmediatamente el representante del gobierno Kádár tomó asiento en Nueva York desde donde regularmente toma la defensa de los pueblos oprimidos por Occidente. Todavía peor. En octubre de 1956 en París, algunos personajes que siempre habían mirado con ojos tiernos, como si se tratara de un niño rebelde pero querido, al proyecto soviético, protestaron contra los mongoles en Budapest. A mí, ingenuo a mis cuarenta y tres años, me invadió una emoción y un reconocimiento ante el esfuerzo al servicio de la verdad que habían tenido que realizar. Pues bien, al cabo de tres meses, en París, estábamos eligiendo a un diputado, sin mayor importancia, como por rutina, cuando los mismos se retiraron en favor de un comunista que había aplaudido, evidentemente, el aplastamiento de la insurrección húngara. Se retiraron con el corazón roto. “Os habéis portado mal con

Hungría, decían, sois unos mal educados. Así que, por esta razón, con una enorme tristeza os daremos nuestros votos en la segunda vuelta”. Poco a poco la tristeza fue disminuyendo porque estamos a favor de la unidad de la mala acción. Entonces, francamente, si el mundo, si la ONU, si nuestra intelectualidad, que no necesitan las excusas de Gomulka, han conseguido digerir tan fácilmente los muertos de Budapest, ¿por qué razón, los otros, los históricos, iban a molestarse por lo de Nagy y continuarían incomodándose en el futuro? “La ley, dijo en resumen la ONU, solo se impone a aquellos que la respetan. Para el resto, es facultativa.” “Con esto estamos de acuerdo, han dicho los históricos, precisamente nosotros no la respetamos” “Correcto” concluyó Gomulka. Así pues se les dio luz verde. Poco tardaron en arrancar de nuevo, en coche celular, evidentemente.

A partir de este momento, ¿qué necesidad hay de demostrar la evidencia? Aquellos a quienes los acontecimientos de octubre no les han definitivamente abierto los ojos ya nada se los abrirá, quizás y no es seguro, un día el martirio de su propio país... Cuando leemos que Nagy es acusada de “*haber abusado de las posibilidades legales*” pensamos que Jarry lo haría mejor para hablar de esta feroz y sórdida historia. La indignación es peligrosamente combatida por la repugnancia, una repugnancia que nos hace escupir ante estas execrables comedias, estos mediocres que se hacen tomar en serio por el asesinato, esta inmensa mentira que reforzamos a pesar de nosotros mismos cuando la criticamos y la combatimos, este sistema monstruoso que ha acabado por ridiculizar al socialismo y por deshonar al humanismo del que nos alejará para siempre, es cierto, como de un plato en el que la salsa tiene demasiado gusto de sangre... Todo el mundo sabe, y Kádár el primero - que fue su ministro que le juró que él se salvaría - que Nagy era inocente. Los mismos autores del *Libro Blanco* sabían que su alegato era absurdo y que los acusados fueron asesinados por razones chinas o yugoslavas, en cualquier caso dialécticas, ya que la dialéctica produce nudos. Si esta gente lúcida ha publicado su enorme volumen, lo hizo sin vanidad de autor, solo porque estaban preocupados por las conveniencias y porque, evidentemente, no puedes presentarte en sociedad, aunque lo sea internacional, escribiendo inocentemente “asesino” en tu carta de visita. En resumen, el *Libro Blanco* es una especie de enorme cortesía de la que nadie se lleva a engaño. ¿De qué serviría cargarse con el enorme trabajo de refutarla o de desmentirla ante la cara de un mundo que solo está preocupado por ir a la Luna o

casar altezas reales?

¡Pues sí! De entrada porque no podemos dejar que esta gente mienta de esta manera a lo largo de los años. Está claro que nadie se los cree. Pero el hombre es una criatura delicada, que se cansa fácilmente. En un instante de fatiga o de debilidad, un solo hombre, en cualquier lugar del mundo podría decir: “¿Por qué no?” Aquel día los ahorcados se verían de nuevo llevados al patíbulo. Y poco a poco, a fuerza de cansancio y olvido, la mentira generalizada tomaría la forma de verdad, nos convenceríamos de que la verdad no puede subsistir fuera de la sombra de las potencias, que no hay otra igualdad que la servil y que hay que dejar a los procuradores la tarea de definir el buen socialismo...

También hay que reconocer que el argumento: “Francamente, ¿por qué debían preocuparse?” es de doble filo. Si el desinterés o la indulgencia del mundo han ayudado a los asesinos a sentirse libres, hay que hacer en consecuencia lo posible para que *la próxima vez* se sientan un poco más molestos. En nuestros días todavía hay hombres en las cárceles húngaras que esperan lo peor y mientras nos sea posible debemos disputárselos a los verdugos. No dejemos creer, por poco que parezca, que el ahorcamiento de Nagy y sus amigos ha sido correcta. Ha sido un crimen repugnante del que es preciso que aquellos por más olvidadizos que sean, guarden la memoria.

Sepamos poner la repugnancia que nos invade al servicio de cierta obstinación. Ante la tragedia húngara nos hemos sentido y nos sentimos aún con una cierta impotencia. Pero esta impotencia no es total. El rechazo al hecho consumado, la alerta del corazón y del espíritu, la decisión de privar a la mentira de su derecho de ciudadanía, la voluntad de no abandonar a la inocencia aún después de ser estrangulada constituyen las reglas de una acción posible, sin duda insuficiente, pero a la vez necesaria, de una necesidad que responde a la otra, a la innoble, a la necesidad llamada histórica, que la cuestiona y que la cuestionará siempre, que se le enfrenta o, por lo menos a veces la neutraliza o la destruye a la larga y hace imperceptiblemente avanzar la auténtica historia de la humanidad...

(2) Témoins nº 20, verano 1958, pág 3-5

## ***La Europa de la fidelidad***

Las democracias occidentales se han creado una tradición de traicionar a sus amigos, los regímenes del Este se creen en la obligación de devorarlos. Entre estos dos extremos debemos crear una Europa que no sea ni de los mentirosos ni de los esclavos. Porque sin lugar a dudas debemos crear una Europa, tiene razón el Senado americano al decírnoslo. Pero no queremos cualquier Europa. Aceptar construir una Europa con los generales criminales de Alemania y el general rebelde Franco sería aceptar la Europa de los renegados. Y si, a pesar de todo, es esta Europa la que quieren las democracias del Oeste, ya les hubiera sido fácil construirla; bastaba con ponerse de rodillas y la Europa ideal se hubiera construido sobre los huesos y las cenizas de los hombres libres asesinados. Los habitantes de Occidente no lo han querido. Han luchado desde 1936 hasta 1945 y millones de ellos perecieron y otros agonizaron en sus lúgubres cárceles para que Europa y su cultura sigan siendo una esperanza y mantengan un sentido. Aunque hoy algunos lo hayan olvidado, nosotros no lo olvidamos: Europa es, ante todo una fidelidad. Es por esto que hemos venido aquí esta tarde.

Si le hago caso a la prensa franquista, el general Petain llamaba a Franco "la espada más clarividente de Europa." Es un tipo de cortesía militar sin consecuencias. Pero precisamente nosotros no queremos una Europa defendida por este tipo de espadas. El servidor de los capitostes nazis, Serrano Suñer, acaba de escribir un artículo donde reclama una Europa aristocrática. Debo decir que no tengo nada contra la aristocracia. Más bien al contrario, creo que el problema que tiene la civilización europea es la carencia de nuevas élites, ya que las antiguas han sido desacreditadas. Pero la aristocracia de Suñer se parece demasiado a los "señores" de Hitler. Es la aristocracia de una banda, el reino del crimen, el cruel señorío de la mediocridad. Solo reconozco dos tipos de aristocracias, que son las de la inteligencia y la del trabajo. En el mundo de hoy se ven oprimidas, insultadas, o cínicamente utilizadas por una casta de lacayos y de funcionarios a las órdenes del poder. Liberadas y reconciliadas, reconciliadas principalmente, construirán la única Europa que pueda durar: no la del trabajo forzado ni de la inteligencia sometida a la doctrina, ni aquella, en la que vivimos, de la hipocresía y de la moral de los comerciantes, sino la Europa viva de los pueblos y de los sindicatos que preparará el renacimiento que esperamos. En este

ingente esfuerzo, mi convicción es que no podemos olvidar a España.

En efecto, Europa no se ha convertido en esta tierra inhumana en la que todo el mundo habla de humanismo, este campamento de esclavos y este mundo de sombras y de ruinas porque se ha entregado sin pudor a los brazos de doctrinas más desmesuradas, que ha soñado en ser una tierra de dioses y que ha escogido, para divinizar al hombre, someter a los demás hombres a través del poder. Las filosofías del Norte la han ayudado y aconsejado en esta curiosa empresa. Hoy, en la Europa de Nietzsche, de Hegel y de Marx recogemos los frutos de esta locura. Si el hombre se ha convertido en dios, estamos obligados a decir que se ha convertido en bien poca cosa; este dios tiene cara de ilota o de procurador. Jamás dioses tan mezquinos han gobernado el mundo. ¿Quién se sorprendería, al verlos en las portadas de los periódicos o en las pantallas de los cines, que sus Iglesias no sean ante todo, policías?

Europa solo ha sido grande a partir de la tensión que ha sabido introducir entre los pueblos, sus valores y sus doctrinas. O es este equilibrio y esta tensión o no es nada. Desde que renunció a esto y escogió, mediante la violencia, la unidad abstracta de una doctrina, decayó, se ha convertido en esta madre agotada que solo engendra criaturas avaras y odiosas. Y quizás es conveniente que estas criaturas acaben echándose las unas contra las otras para, finalmente, encontrar una paz imposible en una muerte desesperada. Pero nuestra tarea y nuestro papel no es contribuir a esta terrible justicia. Lo es el recrear una justicia más modesta en una Europa que renace, que renuncie consecuentemente a las doctrinas que pretenden sacrificarlo todo a la historia, a la razón y a su poder. Para esto debemos encontrar de nuevo el camino del mundo, reequilibrar al hombre mediante la naturaleza, el mal por la belleza, la justicia por la compasión. Debemos renacer, a fin de cuentas, en la dura atenta tensión que hace fértiles a las sociedades. Es aquí donde necesitamos la ayuda de España.

¿Cómo prescindir de esta cultura española en la que nunca, ni una sola vez en muchos siglos de historia, la carne y el grito del hombre no se han sacrificado a la idea pura, que ha sabido dar al mundo al mismo tiempo Don Juan y Don Quijote, las mayores imágenes de la sensualidad y del misticismo, que en sus manifestaciones más locas nunca se aparta del realismo cotidiano, una cultura completa a fin de cuentas, que cubre con su fuerza creativa al universo entero, de la mañana a la noche? Esta

cultura puede ayudarnos a rehacer Europa, dado que no excluirá nada del mundo y no mutilará nada del hombre. En nuestros días contribuye a alimentar, en parte, nuestra esperanza. Y mientras esta cultura se iba silenciando en España, entregaba aún su sangre, la mejor, a esta España y a esta esperanza. Los muertos españoles de los campos de concentración alemanes o de la resistencia de la zona de Glières de la división Leclerc y los 25.000 muertos en los campos de Libia, eran esta cultura y esta Europa. Es a ellos a quienes somos fieles. Y si pueden estar vivos en cualquier lugar hoy en su país, es entre estos estudiantes y obreros de Barcelona que acaban de afirmar ante el mundo atónito, que la verdadera España no está muerta y que reclama de nuevo su lugar.

Pero si la Europa de mañana no puede prescindir de España, por las mismas razones no puede aliarse con Franco. Europa es una realidad contrastada, no puede acomodarse a doctrinas tan sin sentido y tan crueles que prohíben cualquier otra expresión que no sea la suya. Al mismo tiempo que hace unos meses un ministro español expresaba el deseo de que las élites de Francia y de España se imbricasen más, su censura prohibía a Anouilh y a Marcel Aymé. Dado que estos escritores nunca han sido considerados implacables revolucionarios, podemos adivinar qué podrá entrar en España de Sartre, de Malraux, o de Gide. Por nuestra parte debemos conformarnos con leer los libros de Benavente, pero resulta que precisamente son estos libros de Benavente los que son ilegibles. Eso es todo. Algunos recientes artículos franquistas han pretendido afirmar que la censura se había suavizado. Después de un examen de los textos, podemos estar tranquilos, esta suavización se resume en afirmar que todo está permitido, excepto lo que está prohibido. Franco, a quien gusta inspirarse en uno de nuestros grandes escritores, Joseph Prudhomme, declaró que: "La España del Alcázar de Toledo está atada a la Silla de San Pedro". Pero él mismo censura al mismo Papa cuando el Papa intercede por la libertad de prensa. En nuestra Europa, el Papa tiene el derecho de hablar, al igual que los que piensan que hace un mal uso de este derecho.

La Europa que queremos conlleva también un orden. Y cuando no importa quién puede arrestar a cualquiera, cuando se estimula la delación, cuando a las mujeres embarazadas en las cárceles se les dispensa generosamente del trabajo, pero eso sí, solo durante el noveno mes, nos hallamos ante un desorden, y Franco demuestra al mundo entero que es un anarquista más peligroso que nuestros amigos de la

CNT que, ellos sí, quieren un orden. Y el desorden llega al colmo, al menos para mí, ante esta horrible confusión en la que la religión se mezcla con las ejecuciones en la que el cura se deja ver por detrás del verdugo. Las órdenes de ejecución se acaban en la España franquista con la coletilla: “Que Dios le conceda una larga vida”. A los prisioneros se les obliga a suscribirse al semanario “Redención” ¿Acaso es esta Europa en la que Dios se reserva para uso privado de los directores de cárcel por la que debemos luchar y morir? ¡No! Por suerte existe una redención a la que no hace falta suscribirse que se halla en el juicio de los hombres libres. Si acaso existe un Cristo en España, se encuentra en las cárceles, pero en los catres de las celdas, se halla junto a los católicos que rechazan la comunión porque el cura-verdugo la ha hecho obligatoria en algunas cárceles. Estos son nuestros hermanos y los hijos de la Europa libre.

Nuestra Europa es también la de la verdadera cultura. Y me duele mucho decirlo, no veo ningún signo de cultura en la España de Franco. He leído últimamente la filosofía de la historia propia del caudillo. Se resume en esto: *“Los Borbones introdujeron en España la franc-masonería oculta en el Caballo de Troya de la Enciclopedia”*. Al mismo tiempo leí que un peregrino católico de América, recibido por Franco lo había encontrado *“extraordinariamente inteligente”*. Un pelegrino es siempre entusiasta. No quiere ser molestado por nada ni por nadie. De todas maneras, encuentro la frase de Franco y la del peregrino bastante incompatibles. Y mi convicción de que la cultura y la España oficial de hoy solo tienen relaciones de cortesía se afianza cuando leo que *“Franco debe zanzar con su espada los nudos gordianos de problemas seculares cuya solución estaba reservada a su genio”* y aún: *“Parece que Dios haya situado el destino de Franco bajo el signo de estas fulgurantes apariciones históricas haciendo destacar esta cabeza aureolada sobre el horizonte de nuestro siglo.”* No, la idolatría no es cultura. Ante esto, la cultura muere de ridículo. Franco, exigiendo su lugar en el concierto de las naciones y reclamando el derecho (que nosotros también reclamamos) para España de tener el gobierno que quiera, resume su doctrina en esta fórmula, en la que no dejen, entenderéis, de reflexionar: *“No se trata de que vamos en una dirección distinta...es que vamos más rápido que los demás y nos hallamos ya en el camino de vuelta mientras los demás todavía no han llegado a la meta.”* Esta atrevida metáfora basta para justificar y explicar que para nuestra cultura prefiramos a la Europa de Unamuno o a la de Rocamora.

Nuestra Europa, y esto lo justifica todo, no puede existir sin paz. La España de Franco solo vive y sobrevive porque la guerra nos amenaza, mientras que la República española se refuerza cada vez que la paz aumenta sus posibilidades. Si para existir, Europa debe sufrir una guerra, será la Europa de la policía y de las ruinas. Así podemos comprender que Franco sea visto como indispensable a causa de la desafortunada ausencia de Hitler y de Mussolini. Así es como lo ven aquellos que tienen una idea horrorosa de Europa. A Franco se le juzgó severamente hasta el momento en que se dieron cuenta que disponía de treinta divisiones. Fue en este momento que se descubrió la verdad. Se adaptó para propio uso el dicho de Pascal que pasó a decir: "Error por debajo de la trigésima división, verdad más allá de ella." ¿Por qué declarar la guerra a Rusia en estas condiciones si es más verdadera dado que tiene 175 divisiones? Pero es el enemigo y cualquier cosa que permita atacarla es algo bueno. Para triunfar previamente hay que traicionar la verdad. ¡Pues bien! Es el momento de decir que la Europa que queremos nunca será aquella en la que la legalidad de una causa se valora dependiendo del número de cañones. Es ya estúpido calcular la fuerza de un ejército dependiendo del número de oficiales. Si se tiene esto en cuenta, el ejército español es el más fuerte del mundo. Pero a la vez es el más débil. Se debe ser un "cerebro" del Departamento de Estado para imaginar que el pueblo español luchará en nombre de una libertad que no posee. Pero la estupidez poco importa. Lo que es más grave es la traición a una causa sagrada, la de la única Europa que queremos. Al firmar la reanudación de las relaciones con Franco, la América oficial y sus aliados han firmado la ruptura con una cierta Europa que es la nuestra, y a la que continuaremos a defender y a servir juntos. Y no la serviríamos bien si no nos diferenciáramos justo de todos aquellos que no tienen el derecho moral de servirla, de aquellos que a causa de una provocación policial, dejan que se torture en nuestro país a irreprochables militantes de la CNT como José Peirats, de aquellos que permiten trucar las elecciones argelinas, de aquellos que se lavan las manos ante la sangre de los fusilados de Praga y que insultan a los prisioneros de los campos de concentración rusos. Estos no tienen derecho a hablar de Europa ni de condenar a Franco. Pero, ¿quién hablará? ¿quién lo denunciará? La respuesta es sencilla, amigos españoles: la voz tranquila de la fidelidad. ¿Una fidelidad solitaria? ¡No! En todo el mundo somos millones los fieles que preparamos el día del encuentro. 300 000 barceloneses acaban de gritarlo. Depende de nosotros que nos unamos, que no hagamos nada



que pueda separarnos. Sí, simplemente, y uníos, os lo suplico. La España del exilio tiene aquí su razón de ser, en esta unidad finalmente lograda con esta lucha paciente e inflexible. Llegará un día en el que Europa triunfará de sus miserias y de sus crímenes, en el que volverá a vivir.

Pero este día será exactamente el mismo, y esto es lo que os he querido transmitir, que aquel en el que la España de la fidelidad, llegada de los cuatro rincones del mundo, se reagrupará en la cima de los Pirineos y verá cómo delante de ella se extiende la vieja tierra herida que tantos de vosotros habéis esperado en vano y que os espera silenciosamente desde hace mucho tiempo. Aquel día nosotros, europeos, descubriremos una patria más.

### ***Restaurar el valor de la libertad***

Si sumamos las violaciones y atropellos que se acaban de denunciar ante nosotros, podemos profetizar una época en la que, en la Europa de los deportados, solo los carceleros estarán en libertad, que deberán encarcelarse ellos mismos los unos a los otros. Cuando solo quede uno, lo nombraremos guardián jefe y estaremos ante una sociedad perfecta en la que los problemas que plantea la oposición, pesadilla de los gobiernos del siglo XX, se habrán definitivamente acabado.

Se trata solo de una profecía, y aunque en el mundo entero los gobiernos y las policías, con muy buena voluntad, tratan de llegar a esta feliz conclusión, todavía no hemos llegado aquí. Por ejemplo, en la Europa del Oeste donde vivimos se ve con buenos ojos la libertad. Aunque sencillamente me recuerda a estas primas pobres que vemos en algunas familias burguesas. La prima se quedó viuda y perdió su protector natural. Se la recoge, se le da una habitación en el quinto piso y se la acepta en la cocina. A veces se la lleva a pasear por la ciudad para demostrar que se es virtuoso y que no somos desalmados. Pero para el resto, y principalmente en las grandes ocasiones, se le dice que tenga la boca callada. Y aunque un policía distraído la pueda violar un poco en una esquina, no por ello lanzaremos el grito al cielo, ya lo ha sufrido en otras ocasiones, principalmente por parte del jefe de la casa y, al fin y al cabo, no debes llevarte mal con la autoridad establecida. En el Este, todo

hay que decirlo, son más claros. Han solucionado el problema de la prima una vez por todas encerrándola en un armario con dos buenos cerrojos. Parece ser que la sacarán al cabo de medio siglo, más o menos, cuando se habrá definitivamente instaurado la sociedad ideal. En aquel momento celebrarán fiestas en su honor. Pero me parece que se arriesgan a que se la coman las polillas y me temo que no puedan utilizarla.

Si añadimos que estas dos concepciones de la libertad, la del armario y la de la prima, han decidido imponerse una a la otra, y en medio de este desbarajuste se han visto obligados a reducir los movimientos de la prima, nos daremos enseguida cuenta que nuestra historia es más la de la servidumbre que la de la libertad y que el mundo en el que vivimos es el que acaban de contarnos y que nos salta del periódico a los ojos cada mañana para hacer de nuestros días y semanas un único día de rebelión y de cólera.

Lo más sencillo, quizás lo más tentador, sería acusar a los gobiernos o a algunos poderes ocultos de estas malas maneras. Ciertamente que son culpables y de una culpabilidad tan grande que no deja ver sus orígenes. Pero ellos no son los únicos responsables. Al fin y al cabo, si la libertad solo tuviera a los gobiernos para controlar su desarrollo, es probable que estuviera todavía en su infancia, o definitivamente enterrada con un epitafio: "Un ángel en el cielo". La sociedad del dinero y de la explotación nunca se ha preocupado, que yo sepa, de que reinen la libertad y la justicia. Y los estados policiales nunca han sido sospechosos de implantar escuelas de derecho en los sótanos donde interrogan a sus pacientes. Quiere esto decir, que cuando oprimen y explotan están simplemente haciendo su trabajo, y cualquiera que les conceda sin control el uso de la libertad, no debe extrañarse que inmediatamente la libertad quede en entredicho. Si en nuestros días la libertad se halla humillada o encadenada no lo es porque nuestros enemigos la hayan traicionado. Sino más bien a que sus amigos han renunciado a ella, porque ha perdido su protector natural. Sí, la libertad está viuda, pero hay que decirlo porque es la verdad: viuda de todos nosotros.

La libertad es cosa de los oprimidos y sus defensores tradicionales han surgido del interior del pueblo. Fueron las comunas las que en la Europa feudal mantuvieron el fermento de la libertad, los habitantes de los burgos y de las pequeñas ciudades los que le dieron un triunfo furtivo en

1789, y fueron los movimientos obreros, quienes a partir del siglo XIX, se hicieron cargo del doble honor de la libertad y de la justicia de las que nunca pensaron que eran irreconciliables. Fueron los trabajadores manuales e intelectuales los que dieron consistencia a la libertad y la hicieron avanzar en el mundo hasta el punto que se convirtió en el principio mismo de nuestro pensamiento, en el aire del que no podemos prescindir, que respiramos sin darnos cuenta hasta el momento en el que, privados de él, nos sentimos morir. Y si en nuestros días se halla en regresión en una gran parte del mundo es, sin duda, porque las empresas de esclavitud no habían sido nunca tan cínicas y mejor armadas, pero también porque sus verdaderos defensores, ya sea por cansancio o por una falsa idea de la estrategia y de la eficacia, le han dado la espalda. Pues sí, el gran acontecimiento del siglo XX ha sido el abandono de los valores de la libertad por parte del movimiento revolucionario, el progresivo retroceso del socialismo de la libertad en favor del socialismo autoritario y militarizado. A partir de este momento desapareció del mundo una cierta esperanza, la soledad invadió a cada uno de los hombres libres.

Cuando, después de Marx, se fue expandiendo y tomando fuerza el ruido de que la libertad no era sino un sube y baja burgués, se trató simplemente de una confusión de palabras. Pero estamos pagando esta confusión en las convulsiones del siglo. Porque hacía falta afirmar que la libertad burguesa era un sube y baja, pero no toda la libertad. Hacia falta decir que la libertad burguesa no era toda la libertad o, en el mejor de los casos, que todavía no lo era, que faltaban aún libertades por conseguir y no abandonar jamás. Es evidentemente cierto que no existe libertad para un hombre que se halla atado al torno todo el día y que al anochecer se amontona con su familia en una sola habitación. Pero esto afecta a una clase o a una sociedad, pero no al deseo de libertad, de la que incluso el más pobre de entre nosotros no puede prescindir. Y aunque la sociedad se transformara súbitamente y pasara a ser decente y confortable para todos pero no reinara en ella la libertad, continuaría siendo una barbarie. Porque la sociedad burguesa habla de la libertad sin practicarla. ¿Es preciso entonces que la sociedad obrera renuncie también a su práctica, jactándose únicamente de no hablar más de ella?

Sin embargo se ha creado la confusión, y en el movimiento revolucionario la libertad se ha visto cada vez más condenada porque la sociedad burguesa hacía de ella un uso mistificador. De una justa y sana

desconfianza ante las prostituciones que esta sociedad hacía de la libertad, se ha pasado a desconfiar de la libertad misma, o como mínimo se la ha mandado al fin de los tiempos, esperando que mientras tanto no se hable más de ella. Se declaró que hay que dar prioridad a la justicia y que ya se vería qué hacer con la libertad. Como si los esclavos pudieran alguna vez esperar obtener justicia. Y algunos intelectuales dinámicos dijeron a los trabajadores que lo único que les interesaba era el pan y no la libertad, como si los trabajadores no supieran que su pan depende también de su libertad. Y ante la larga injusticia de la sociedad burguesa, la tentación de dejarse llevar a estos extremos era muy grande. Al fin y al cabo quizás no haya ninguno de entre nosotros que no haya claudicado en la acción o en la reflexión. Pero la historia ha proseguido y lo que hemos visto debe hacernos reflexionar. La revolución llevada a cabo por los trabajadores triunfó en el 17 y supuso el triunfo de la verdadera libertad y la mayor esperanza que este mundo ha conocido. Pero esta revolución, rodeada, amenazada en el interior y en el exterior, se dio un ejército y se creó una policía. Y poco a poco, privada de la fuerza que confiere la libertad de la que desconfiaba, perdió fuelle mientras la policía se reforzaba. Y la mayor esperanza del mundo se convirtió en la más eficaz dictadura del mundo. La falsa libertad de la sociedad burguesa no lo es peor, al contrario. Las muertes en los procesos de Moscú y en otros lugares, en los campos de la revolución, en los asesinatos de los fusilamientos, como en Hungría, donde se asesina a un ferroviario por una falta profesional, ésta no es la libertad burguesa sino la libertad del 17. La libertad burguesa puede, mientras, continuar con todas sus mistificaciones, los procesos y las perversiones de la sociedad revolucionaria le proporcionan a la vez argumentos y una buena conciencia.

Lo que caracteriza al mundo en el que vivimos es esta dialéctica cínica que opone la injusticia a la sumisión y en la que una refuerza a la otra. Cuando se deja entrar a Franco, el amigo de Goebbels y de Hitler, a Franco, el verdadero vencedor de la Segunda Guerra mundial en el palacio de la cultura, a los que protestan y dicen que los Derechos del Hombre inscritos en la Carta de la UNESCO no se respetan en sus cárceles, se les responde sin sonrojarse que Polonia es también miembro de la UNESCO y que uno no es mejor que el otro en cuanto a respeto de las libertades públicas. Argumento absurdo sin lugar a dudas. Si has tenido la desgracia de que tu hija mayor se haya casado con un ayudante del batallón de África, esto no significa que tu hija menor deba

obligatoriamente casarse con un inspector de la brigada de la represión de estupefacientes y del proxenetismo. Es más que suficiente contar con un sarnoso en la familia. Pero sin embargo el argumento absurdo es eficaz y lo vemos todos los días. Al que defiende al esclavo de las colonias se le opone el deportado ruso e inversamente. Si protestas contra el asesinato en Praga de un historiador de la oposición como Kalandra, se te echa en cara dos o tres negros americanos. En esta asquerosa subasta, solo hay algo que no cambia, la víctima, siempre la misma, y un valor que es constantemente violado o prostituido, la libertad, a la vez que uno se da cuenta que junto a ella, se degrada a la justicia.

¿Cómo salir de este círculo infernal? Es evidente que no podremos si no restablecemos en nosotros mismos y en nuestro entorno el valor de la libertad y no consintamos que nunca más sea sacrificada, aunque sea de manera provisional o separada de nuestra reivindicación de la justicia. El eslogan hoy para todos nosotros no puede ser otro que: *No ceder nada en el plano de la justicia, no abandonar nada en el de la libertad*. En particular, las pocas libertades democráticas de las que disfrutamos todavía, no son unas ilusiones sin consecuencia que podamos dejar nos arrebaten sin protestar. Representan exactamente lo que nos queda de las grandes conquistas revolucionarias de los dos últimos siglos. No son, como tantos astutos demagogos nos dicen, la negación de la verdadera libertad. No existe una libertad ideal que nos será dada de golpe un día, al igual como se percibe la pensión de jubilación al final de la vida. Hay que conquistar las libertades una a una penosamente y las que todavía poseemos, son etapas insuficientes seguramente, pero etapas en el camino de una liberación concreta. Si se acepta suprimirlas, no avanzamos, al contrario, vamos hacia atrás y un día habrá que volver a iniciar de nuevo esta ruta, pero este nuevo esfuerzo deberá hacerse una vez más con el sudor y la sangre de la humanidad.

No, escoger la libertad en nuestros días no es como hizo Kravchenko, pasar de ser un aprovechado del régimen soviético a ser un aprovechado del régimen burgués ya que ello comporta aceptar la servidumbre por duplicado y, todavía peor, aceptarla para los demás. Apostar por la libertad no es como se nos dice, ir contra la justicia. Al contrario, en nuestros días se opta por la libertad al mismo nivel que aquellos que en cualquier lugar sufren y luchan, y solo allí. Se apuesta por ella al mismo tiempo que se hace por la justicia y no podemos escoger la una sin la

otra. Si alguien os retira el pan, os retira también la libertad. Pero si alguien os arrebatara vuestra libertad, no os preocupéis, vuestro pan está amenazado ya que no depende de ti y de tu lucha, sino de si le apetece a un amo. La miseria crece a medida que la libertad recula en el mundo e inversamente. Y si este siglo implacable nos ha enseñado algo, es que la revolución económica será libre o no será, al igual que la revolución será económica o no será nada. Los oprimidos no solo quieren ser liberados de su hambre sino también de sus amos.

No serán efectivamente liberados del hambre hasta que tengan a sus amos, a todos los amos, bajo control.

Quisiera añadir, para acabar, que separar la libertad de la justicia viene a ser como separar la cultura del trabajo, lo que representa el pecado social por excelencia. El desconcierto del movimiento obrero en Europa se debe en parte a que ha perdido su verdadera patria, aquella donde recuperaba fuerzas después de todas las derrotas y que era la fe en la libertad. Pero la desesperación de los intelectuales europeos tiene su origen en que la segunda mistificación, burguesa y pseudo-revolucionaria, los ha apartado de su única fuente de autenticidad, el trabajo y el sufrimiento de todos, los ha separado de sus únicos aliados naturales, los trabajadores. Por lo que a mí respecta, solo he reconocido dos tipos de aristocracia, la del trabajo y la de la inteligencia, y ahora sé que es un acto loco y criminal querer someter la una a la otra, que las dos no forman sino una sola nobleza, que su verdad y principalmente su eficacia reside en la unión, que separadas se dejarán vencer una tras otra por las fuerzas de la tiranía y de la barbarie, pero que unidas, por el contrario, dominaran el mundo. Es por lo que cualquier iniciativa que intente desolidarizarlas y separarlas es una iniciativa dirigida contra el hombre y sus más grandes esperanzas. El primer esfuerzo de cualquier proyecto dictatorial es someter al mismo tiempo al trabajo y a la cultura. Hay que amordazarlos a los dos, de lo contrario, los tiranos lo saben muy bien, tarde o temprano, uno hablará por el otro. De esta manera, según mi parecer, en la actualidad hay para un intelectual dos maneras de traicionar y en ambos casos traiciona porque acepta una cosa: la separación del trabajo y de la cultura. La primera caracteriza a los intelectuales burgueses que aceptan que sus privilegios sean pagados mediante el sometimiento de los trabajadores; dicen a menudo que defienden la libertad, pero ante todo defienden los privilegios que les confiere la libertad solo a ellos. La segunda característica de los

intelectuales que se creen a la izquierda y, que por miedo a la libertad aceptan que la cultura y la libertad que conlleva sean dirigidas bajo el vano supuesto de poder servir a una justicia en el futuro. En ambos casos se acepta, se ratifica, se conserva la separación del trabajo intelectual y manual que es el verdadero escándalo de nuestra sociedad- y que condenan a la impotencia al trabajo y a la cultura, al mismo tiempo que se rebajan la libertad y la justicia. Es cierto que la libertad insulta al trabajo y lo separa de la cultura cuando ésta se construye a base de privilegios. Pero la libertad no está hecha de privilegios, sino más bien de deberes. Y desde el momento en que cualquiera de nosotros intenta que prevalezcan los deberes sobre los privilegios, a partir de este momento, la libertad reúne al trabajo y a la cultura y pone en marcha una fuerza que es la única que puede servir a la justicia. La verdad con la que debemos vivir en nuestros días, la regla de nuestra acción, el secreto de nuestra resistencia, podemos formularla sencillamente en la frase: lo que humilla al trabajo humilla a la inteligencia e inversamente. Y la lucha revolucionaria, el secular esfuerzo de liberación se define ante todo como un incesante rechazo de la humillación.

En verdad, todavía no hemos salido de esta humillación. Pero la rueda gira, la historia cambia; se acerca un tiempo, estoy seguro, en el que no estaremos más solos. Para mí, este encuentro de hoy es ya un signo. El hecho de que unos sindicalistas se reúnan y tengan prisa para defender las libertades merecería realmente que de todas partes acudieran todos corriendo para manifestar su unión y su esperanza. El camino a recorrer es largo. Pero si la guerra no viene a mezclarlo todo en su horrible confusión, tendremos el tiempo suficiente para darle finalmente forma a la justicia y la libertad de la que tenemos necesidad. Pero para ello debemos, a partir de ahora, rechazar claramente, sin cólera, pero firmemente, las mentiras con las que nos han atiborrado. No, no se construye la libertad en los campos de concentración, ni en los pueblos sojuzgados de las colonias, ni sobre la miseria obrera. No, las palomas de la paz no se posan sobre las potencias, no, las fuerzas de la libertad no pueden mezclar los hijos de las víctimas con los verdugos de Madrid o de otra parte. De esto estamos muy seguros, como también lo estamos de que la libertad no es un regalo que recibimos del Estado o de un jefe, sino un bien que conquistamos todos los días mediante el esfuerzo de cada uno y la unión de todos.

## ***La literatura proletaria***

*NdlR.- Maurice Lime pidió a Camus que le escribiera un artículo para la revista Après l'boulot: Albert Camus le envió la carta que reproducimos aquí que un contratiempo impidió que se publicara en aquel momento.*

Si creéis que mi exposición precisa desarrollarse más, voy a intentarlo, pero antes es necesario que repita lo que ya os he dicho: no estoy seguro de tener la razón y, además me siento en inferioridad ante vuestro proyecto. Cuando algunos que pasan sus vidas en un taller o en una fábrica renuncian a una parte de su tiempo libre para expresarse en una revista, no es a quién goza de una amplia libertad para escribir y trabajar, la persona más indicada para venir a hacerse el interesante y dar consejos. Aunque si por casualidad esta persona tuviera razón, no basta con su presencia para dársela y este simple hecho convierte en sospechosas sus palabras. Para aceptar un papel tan ridículo y perfectamente odioso, tendría que hallarme entre viejos camaradas y en un abandono total. Sin querer ofenderos considero que éste no es el caso, pero al mismo tiempo me parece que sería un poco cobarde y una falta de camaradería no ser suficientemente franco con vosotros si no os dijera sencillamente lo que pienso, siendo evidente que en cualquier momento estoy dispuesto a reconocer que estoy equivocado.

Ante todo debo afirmar que no creo en la existencia de una literatura específicamente obrera. Puede existir una literatura escrita por obreros, pero no se distingue, si es buena, de la gran literatura. Creo, sin embargo, que los trabajadores pueden dar a la literatura actual algo que parece en su gran parte haber perdido. Me explico. Podemos considerar por ejemplo a Gorki como uno de los mejores representantes de la literatura obrera. Pero para mí no hay una gran diferencia entre sus libros y los del gran terrateniente Tolstoi. Al contrario, me gustan los dos por las mismas razones: expresan en un lenguaje a la vez sencillo y bello lo que hay de más grande, alegría o dolor, en el corazón del hombre. Existe por el contrario una enorme diferencia entre Tolstoi y un gran escritor como, por ejemplo, Gide que es de origen burgués. De los dos, es el gran señor el que, a su manera, escribe con y para el pueblo.

Ambos, Tolstoi y Gorki, definen bastante bien lo que entiendo por



literatura, que en este caso podéis llamar obrera y que a mí personalmente me gusta llamarla, a falta de una palabra que suene menos ridícula, verdadera. En este arte tienen cabida el corazón más sencillo y el gusto más refinado. Lo que es cierto es que si falta uno, el otro desaparece. De hecho, la literatura de nuestros días, que es en realidad una literatura para clases mercantiles (por lo menos en la mayoría de sus obras) ha destruido el equilibrio, y lo ha roto en beneficio de la finura y del preciosismo, lo que de golpe la ha apartado del público obrero. Lo rompió también, como es natural cuando se quiere gustar a los comerciantes, en el sentido de la vulgaridad y del escarnio, lo que impide que un Tolstoi pueda interesarse por ella (Tolstoi decía que el periodismo es un burdel intelectual, y la literatura actual es muy a menudo un periodismo hecho trizas).

De la misma manera que es necesario que una revista obrera reaccione contra el preciosismo y la quincallería de cierta literatura con el fin de devolverla al terreno de aquellos que trabajan, me parece indispensable que también reaccione violentamente contra la vulgarización burguesa. Para volver a mi ejemplo, Tolstoi me parece grande en la medida en que sabe emocionar al lector menos preparado. Pero a la inversa, la literatura obrera carece de sentido y de grandeza si no parte de la verdad del trabajo, del dolor, de la alegría, hallando en el lenguaje más correcto la misma verdad que Tolstoi persiguió con todos los medios del arte y de la reflexión. Si, por el contrario, esta literatura se limita a repetir lo que leemos en los periódicos, será seguramente interesante, pero debido a las circunstancias en las que nació, no en ella misma.

Lo que me molesta a veces en vuestra revista (no siempre, evidentemente) es una cierta complacencia que acaba pareciéndose a lo que no me gusta de la literatura actual. Cuando un productor burgués realiza un bodrio cinematográfico que le generará millones gracias a las curvas de una vedette fabricada en seis meses, ¿por qué darle la razón escribiendo que estas curvas hacen que la película sea aceptable? Como todo el mundo tengo mis propios gustos y opiniones sobre las redondeces, pero las redondeces son una cosa y la cultura de clase otra, y la producción degradante del cine burgués debe ser criticada de otra manera. Al igual (aunque son detalles, pero los saco a relucir para hacerme entender, y solo con este fin) que es verdad que la partida de mus en la taberna de la esquina vale lo que un aperitivo popular. Pero precisamente este aperitivo no tiene ningún valor. Así pues, ¿por qué

compararlos? La partida está bien, pero no necesita una revista para ser célebre. Se defiende por sí misma.

Evidentemente que comparto que la revista debe ser entretenida y no estoy pidiendo un género aburrido. En la actualidad existen suficientes revistas que, proponiéndose ante todo gustar, no llegan ni a ser desagradables: solo aburren. Personalmente no soy carente de humor, y para mí, una revista obrera debe ser también divertida. Hay que encontrar simplemente el tono pertinente y sé que no es fácil. Toda vuestra revista debe oscilar entre los dos ejemplos que os he dado (el texto del minero belga es muy bonito). Pero si lo que os estoy diciendo tiene alguna utilidad, es para enseñaros a distinguir las diferencias de tono que descubre un lector de buena fe.

Quiero repetirme una vez más, a riesgo de hacerme pesado. No estoy pidiendo una revista soporífera ni que vuestros colaboradores pidan autorización. Los ejemplos que voy a poner no son Gide, o Claudel, o Jouhandeau. Hablo de una literatura en la que las novelas de Tolstoi marcan la cima y es el vínculo común en el que artistas y trabajadores puede encontrarse. Vallès, Dabit, Poulaille, Guilloux (¿habéis leído *Compagnon*, esta obra maestra?), Istrati, Gorki, Roger Martin du Gard, y tantos otros que escriben sin pedir autorización y hablan para todos de una verdad que la literatura burguesa ha casi completamente olvidado y que, desde mi punto de vista, el mundo de los trabajadores mantiene intacta.

¿Qué más os puedo decir? Se debería, y quizás algún día lo haré, profundizar en esta solidaridad que existe entre el trabajador y el artista, una solidaridad esencial y que, sin embargo, los vemos desesperadamente separados en la actualidad. Las tiranías, como las democracias del dinero, saben que para triunfar deben separar el trabajo de la cultura. Por lo que respecta al trabajo, es suficiente la opresión económica mezclada con la fabricación de sucedáneos de cultura (como el cine, en general). Respecto a la segunda, la corrupción y el escarnio logran el objetivo. La sociedad mercantil llena de oro y de privilegios a los bufones decorados con el título de artistas y los empuja a todas las concesiones. Desde el momento en que aceptan estas concesiones, los vemos ya ligados a sus privilegios, indiferentes a la justicia y separados de los trabajadores. Es contra esta dinámica de separación que vosotros y nosotros, artistas de oficio, deberemos luchar. De entrada mediante el rechazo de estas concesiones – y

después, por nuestra parte, esforzándonos en escribir cada vez más para todos por más lejos que nos hallemos de esta cima del arte, y vosotros que sufrís lo más duro de la batalla, pensando en lo que le falta a la literatura de nuestros días y en lo que le podéis aportar de irremplazable. No es tarea fácil, lo sé, pero el día en que debido a este doble movimiento nos acercaremos al límite, no habrá más artistas por un lado y obreros por otro, sino una sola clase de creadores en todo el sentido de la palabra.

He aquí más o menos y quizás de manera demasiado larga porque os escribo al compás de la pluma y de manera un tanto confusa, lo que pienso. Si me equivoco, os pido disculpas. Os repito de nuevo, que ante vuestro proyecto no me siento portador de ninguna certeza.

Cordialmente

*Albert Camus*

